JOSÉ MUSSO VALIENTE, OBSERVADOR CURIOSO DE COSTUMBRES

Con el título de *CARACTERES. Pinturas de algunos en borrador* (1829-1833), escribe José Musso Valiente una serie de artículos, once en total, de tono costumbrista, que se conservan, entre otros inéditos, en la Biblioteca de Menéndez Pelayo (Santander).

Al analizar su *Diario*[1], llegamos a la conclusión de que sus anotaciones en el mismo eran más propias de un cronista que escribe sus impresiones diarias que de un escritor costumbrista. Esto no entra en contradicción con los escritos que presentamos, desconocidos hasta este momento, en los que hallamos un cierto tono costumbrista propio de un observador curioso.

Aunque es bastante fácil rastrear elementos costumbristas a lo largo de la Historia de la Literatura Española, es en el primer cuarto del siglo XIX cuando sufre una evolución y cobra un auge importante no sólo por la aparición de cultivadores importante del género —Mesonero, Larra, Estébanez—, cada uno con sus particularidades peculiares, sino por un importante cambio formal respecto a sus precedentes.

Madrid era el lugar idóneo para la proliferación y desarrollo del cuadro de costumbres. Ciudad abigarrada en la época que nos ocupa, objeto de atención por parte de unos escritores que observan sus costumbres, la idiosincrasia de sus gentes, ciudad salida del ambiente oscuro del absolutismo a las nuevas situaciones sociales producidas por las medidas desamortizadoras, las insurrecciones militares y el

---

[1] *Vid.* M. Martínez Arnaldos y J. L. Molina Martínez, *La transición socio-literaria del Neoclasicismo al Romanticismo en el* Diario *de José Musso Valiente (1827-1838)*, Madrid, Nostrum, 2002, págs. 45-64.

desarrollo del anticlericalismo. En definitiva, estos autores continúan una tendencia desarrollada por algunos autores del XVIII.

El costumbrismo representa en esta época simplemente una modalidad de realismo tradicional, expresión de la ideología de sus cultivadores, opuestos a los movimientos literarios avanzados, como el romanticismo que eclosiona en estos años. Así pues, se puede hablar tanto de costumbrismo liberal avanzado —Larra— como de conservador —Mesonero—, aunque, en ocasiones, sólo se reconoce este último. Por tanto, los hechos sociales se convierten en hechos literarios bien como cierto tipo de protesta, al menos de crítica social, bien como simple expresión de un modo de comportamiento que se presenta bajo la ironía.

La expresión de una realidad social que recoge una literatura costumbrista evolucionada, que se diferencia de la dieciochesca y que tiene como manifestación el artículo periodístico como expresión de una realidad a través de una ideología corresponde al costumbrismo de la época de Musso. De este modo, ambos conceptos se encuentran fuertemente unidos pues la literatura sirve para recoger la realidad social. El costumbrismo viene a ser, en cierto aspecto, un modo de retratar tipos y situaciones que fenecen y que da lugar al pintoresquismo, o bien, un modo de efectuar una crítica social por lo atrasado de las costumbres y la resistencia al cambio social: el tipismo.

Musso, interesado por el artículo periodístico, capta perfectamente la realidad en la que vive y la manifiesta en las anotaciones que efectúa en su *Diario* y en los artículos escritos expresamente bajo este epígrafe o marbete que son el objeto de este trabajo. El artículo costumbrista de Musso estaría fundamentado en una observación de la realidad como manifestación de un ambiente social, aunque con cierto matiz psicológico, ya que intenta poner al descubierto los caracteres de los personajes. Eso no implica que no se ocupe de alguna que otra situación social y que utilice la ironía como recurso para el distanciamiento como técnica. Hay otra faceta casi exclusiva de Musso y es su relación con la Corona, lo que le permite analizar la etiqueta y comportamiento de la Corte. Otros aspectos estilísticos suyos son los usos populares diarios y las acciones familiares. En ocasiones, existe en la anotación más personajes que ambiente. También es escueto.

En consecuencia, en su obra inédita que completa el ciclo biográfico tenemos, por un lado, sus artículos de carácter deliberadamente costumbrista, pero, por otro, existen en su *Diario* artículos costumbristas

relacionados con el viaje, como el que hace a Mula[2], llenos de datos naturalistas; artísticos, como el de su visita a Sisante, Aranjuez o El Escorial; de ambiente, como el trayecto Madrid-Lorca en 1830, o Lorca-Madrid a finales de 1833, y básicamente los dedicados a la corte real, a las exequias, a los espectáculos —circo, ópera, bailes, conciertos—, a las funciones eclesiales, y al Madrid eterno y popular —el día de San Isidro—, o histórico. De este modo se diferencia su costumbrismo con el de sus coetáneos.

La *costumbre* se desarrolla en un *ambiente* y Musso escribe del suyo. Ello nos lleva a dos conclusiones: Musso es un escritor costumbrista *sui generis*. En primer lugar no escribe para publicar pues lo hace en su propio *Diario*, aunque era consciente de la función social de su escrito y de que se leería; en caso contrario, no lo hubiera guardado ni pensado en su uso; en segundo, también copia algunos de sus artículos para determinados amigos, con lo que queda solucionada la función comunicativa; en tercero, su costumbrismo peculiar le sirve para retratar una parte de Madrid, la corte, no sus tipos populares porque, cuando en sus escritos aparecen es simplemente como una manifestación que, si no le molesta, sólo sirve para acentuar su tipismo. Es un *observador curioso* como el mismo se define. Pero su atención la dirige a su propia clase, se ocupa de las ceremonias cortesanas de etiqueta, de los actos en los que participa la realeza, pero eleva a categoría literaria las diversiones, el baile, el circo, el concierto, la ópera, la visita, la función religiosa.

De este modo, de una manera sencilla y espontánea, podemos tener noticia de cosas que los costumbristas más caracterizados y, digamos, clásicos por cuanto representan si no el mejor costumbrismo, al menos el más considerado, no constatan en sus artículos periodísticos.

Mientras el texto de Mesonero, que por supuesto se leyó y alcanzó enorme popularidad, se hace farragoso en muchas ocasiones por los prolongados excursos que introduce antes de explicar los hechos que va a narrar, Musso va directo al asunto que le importa en una economía de palabras que es un rasgo de su estilo, si es que hay que hablar de un estilo que se desprende de su propia forma. La fórmula narrador-testigo, narrador-personaje también sirve para Musso.

Se ocupa, además, de hechos intelectuales porque es su propia vida la que refleja en su *Diario* y sólo habla de lo que hace o de lo que

---

[2] *Vid.* José Luis MOLINA MARTÍNEZ, *La villa de Mula (1833-1834) en el* Diario *de José Musso Valiente*, Excmo. Ayuntamiento de Mula, 2001, págs. 53-54.

ve porque asiste, está presente, es protagonista. Se pueden reproducir las sesiones de las Academias de la Historia, Ciencias Naturales, San Fernando o de la Española, con sólo transcribir sus anotaciones en el *Diario*. Se puede conocer, desde dentro, el devenir del Ateneo o los primeros pasos del Liceo. E incluso el desarrollo de las clases a que asiste, ya mayor, Mineralogía por ejemplo. Por eso hemos hablado de cronista contemporáneo. Pero esto no nos concierne en estos momentos. Sólo queremos mostrar una visión circunscrita a una serie de manifestaciones no recogidas por los otros escritores contemporáneos.

Así, se puede demostrar que su costumbrismo, efectivamente conservador y tradicional, no hubiera derivado en el de los *tipos* porque se ocupa de *caracteres*. Su conciencia de clase le impide hacer del pueblo el protagonista de su escrito, pero presenta otro ángulo, no por ello superficial, por el que se va a conocer a otro sector social tan importante y digno como el popular, porque, en definitiva, del pueblo se trata.

Y, aunque no vamos a insistir en ello sino dejarlo sólo indicado, en otro lugar hemos hablado de que el *Diario* constituye una aportación para una psicobiografía, pero no sólo suya sino de la época, de ese bienio, 1836-1837, que fue duro en demasía por los sucesos políticos, básicamente la guerra carlista y la debilidad de los gobiernos.

La perspectiva arqueológica que se observa en su *Diario* no es tanto una instalación en el pasado cuanto el resultado de una erudición propia de su amor al arte, consecuencia todo de su humanismo, de su afán de saber, lo que redunda en su producción literaria, en el sentido más abierto del término.

No estamos propugnando, pues, que Musso sea casi obligadamente un autor costumbrista, sino que, en muchas de las anotaciones de su *Diario*, observamos un componente costumbrista muy fuerte y que otros muchos de sus escritos están redactados desde esa perspectiva. Por ello señalamos otros rasgos que nos lo muestran variopinto y particular.

Los Textos

La situación actual de la investigación sobre Musso[3] permite conocer casi su biografía completa y parte de su obra, al menos el análisis de diversas facetas de su ocupación intelectual. Así pues, creemos conveniente en estos momentos, aunque no intentamos siquiera su análisis, dar a conocer sus únicos escritos con carácter exclusivamente literario. No hemos de olvidar que Musso no escribe para que sea publicado, sino como una necesidad íntima de dejar constancia de su vida y sus ocupaciones. Por lo tanto, la publicación de estos inéditos añade un valor más no tanto para el conocimiento de su ocupación intelectual sino como un medio valioso para el de la época.

No es Musso un escritor brillante, tampoco es un aficionado. Su esti-

---

[3] La bibliografía *actual* sobre Musso comprende: Diego Martínez Torrón, 1991, "Correspondencia inédita de Alberto Lista con José Musso y Valiente (1828-1833) y algunos poemas inéditos", en *Boletín de la Real Academia Española*, tomo LXXI, cuaderno CCLIII, mayo-agosto 1991; Diego Martínez Torrón, "Correspondencia inédita de Alberto Lista con José Musso y Valiente (1828-1833) y algunos poemas inéditos" y "Correspondencia inédita de Manuel José Quintana con José Musso y Valiente (1830-1839)", en *El alba del romanticismo español*, Sevilla, Alfar, 1993; José Luis Molina Martínez, "Persistencia del neoclasicismo", en *La leyenda tardorromántica en la Región de Murcia* (1871-1905), Lorca, Ayuntamiento de Lorca, 1994; José Luis Molina Martínez (coord.), *José Musso Valiente (1785-1838). Vida y obra*, Lorca, Fundación Centro de Estudios Históricos e Investigaciones Locales, 1998; José Luis Molina Martínez , "La lengua castellana y su evolución en el *Discurso de ingreso en la Real Academia Española* de José Musso y Valiente. Aspectos de su crítica literaria", en *Clavis*, revista del Archivo Municipal de Lorca, nº 1, mayo, Granada, Ayuntamiento de Lorca, 1999; José Luis Molina Martínez , *José Musso Valiente (1785-1838): humanismo y literatura ilustrada*, Murcia, Universidad de Murcia-Real Academia Alfonso X el Sabio, 1999; José Luis Molina Martínez , *Contestaciones de Sebastián de Miñano y Bedoya a cartas de José Musso Valiente (1829-1835)*, Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, año LXXV, enero-diciembre 1999, Santander, 2000, pp. 147-229; José Luis Molina Martínez (coord.), *José Musso Valiente (1785-1838). Vida y obra. Nuevas aportaciones*, Lorca, Ayuntamiento de Lorca, 2000; Juan Guirao García/José Luis Molina Martínez , "Lorca en el *Diario* de Musso Valiente", en *Clavis*, revista del Archivo Municipal de Lorca, nº 2, mayo, Lorca, Ayuntamiento de Lorca, 2001; José Luis Molina Martínez, "Contestaciones de Diego Clemencín a cartas de José Musso Valiente (1829-1833)", en *Murgetana*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 2001; José Luis Molina Martínez, "La prehistoria en Lorca (1862-1929) y algunos hallazgos arqueológicos a través de la prensa periódica local y otras publicaciones con un informe de José Musso Valiente para la Real Academia de la Historia sobre algunas antiguallas de Almazarrón", en *Alberca*, Revista del Museo Arqueológico Municipal de Lorca, nº 1, Lorca, 2002.

lo, más cercano a sus modelos neoclásicos que a las innovaciones románticas, no es ágil ni innovador, sino tradicional y escueto, por lo que, en nuestra consideración, lo más significativo de su producción es la información que transmite para el conocimiento del modo de vida de una sociedad en cambio, no en vano es un intelectual que pertenece a lo que hemos llamado generación entre siglos, con todo cuanto ello conlleva de lastre ideológico y de positivo en cuanto al resultado de ser un testigo ocular del proceso de ese cambio para el que no estaba preparado.

Caracteres. Pinturas de algunos en borrador (1829-1833)

1. El condesito lechuguino[4]

Vestido a la rigurosa[5], la cabeza toda reluce con las pomadas y los aceites, más rizada que la de la dama más elegante. Entra saltando y brincando, como si ensayase una gavota[6].

— Adiós, condesa.

— Adiós, conde.

No se dicen más palabras.

A los demás no saluda, ni aun se digna de mirar. Siéntase cabalgando una pierna sobre otra, echando un brazo sobre el respaldo de la silla, y suele ponerse a tocar el piano en el sombrero que, vuelto hacia arriba, sostiene oblicuamente con la mano izquierda.

Entabla la señora conversación con él y responde llevando el compás de toda prisa con el pie. Habla en tono decisivo, muy satisfecho de su profunda sabiduría. Ahora está poco menos que a punto de muerte porque, con el luto[7], no hay óperas ni saraos. De cuando en cuando se atusa los delicados rizos con los dedos, haciendo peine de la mano. Siempre que se levanta para acercarse o retirarse de la señora, anda a brinquitos, pero no hace demostración ninguna ni se mueve de la silla cuando entra o sale cualquier otra persona.

Madrid, 28 de junio de 1829

---

[4] *lechuguino*: petimetre.

[5] *vestido a la rigurosa*: de etiqueta.

[6] *gavota* (gabota en el original): antigua danza de origen francés y de movimiento moderado a dos tiempos.

[7] Por la fecha de la escritura de este texto, debe referirse al luto por la muerte de la tercera esposa de Fernando VII, María Josefa Amalia.

2. El crítico afrancesado

Nada hay bueno sino lo que él hace y lo que viene de París. Aun lo que hacen los ingleses no vale nada porque no es francés.

Afecta despreciar a las Academias porque cree serles superior, pero no puede disimular la gana que tiene de entrar en ellas.

— Dígame usted —me decía con sonrisa burlona—; usted que pertenece a todas las Academias pasadas, presentes y futuras...
— ¡Oh!, usted las honraría más con su presencia.
— No, señor; no quiero ser de ninguna, porque estoy íntimamente persuadido de que no sirven para nada; ni hacen ni pueden hacer, empezando por la Española.
— Muchas gracias.
— Pues mire usted, muchas me han nombrado su individuo.
— ¿Sí, eh? De ese modo ya valdrán algo.
— Pero nunca he ido a ellas.
— ¿Y por qué?
— A las más porque residía en distinto pueblo.
— Entonces, ¿cómo había usted de asistir?
— A las otras por mis ocupaciones.
— Tales y tan graves han sido siempre. Pero, en esta Corte, ¿a cuáles pertenece usted?
— A ninguna, todas son de fuera. Ya verá. Aquí sólo una vez vino M. a decirme que la Academia Española tendría gusto en que yo fuera individuo suyo.
— ¡Calle! Pues es la primera vez al cabo de un siglo que lo hace con alguno.
— Pues, sí, señor, y me preguntó si tendría inconveniente en poner mi nombramiento.
— Y usted entonces se excusaría supuesto que no quiere ser académico.
— Yo le diré a usted. Ejemplo no me faltaba en Moratín el padre.
— Es verdad, pues lo mismo.
— Pero yo consideré que era cosa de mera fórmula y no tuve reparo.
— ¿A pesar de la repugnancia de usted a ser académico?
— Me era indiferente.
— ¿Ah, indiferente?, esto es otra cosa. Ya, si le era indiferente...
— Pero pasó mucho tiempo y no se me volvió a hablar del asunto.
— De modo que usted lo olvidaría como cosa indiferente.

— Pregunté a M. qué había de ello, porque notaba que tardaba demasiado.
— Supongo que lo notaba usted así con cierta indiferencia.
— Cabal.
— ¿Y bien?
— Respondióme que todo se había desvanecido por chismes, pues la *chusma* que maneja a la Academia había dicho que el Director quería meter muchos afrancesados.
— Y usted, como buen filósofo, se reiría a carcajadas.
— Me incomodé mucho.
— ¿De veras?
— Por el desaire.
— Ya se ve; pero se le pasaría pronto el enfado, porque, al fin, en realidad, le daban a usted por su gusto.
— Es que eso no debía hacerse conmigo. ¿Y por afrancesado? Han dado todos en que lo soy, pero es falso, pues yo no hice más que mantenerme en mi pueblo y en mi destino cuando entraron los franceses, admitir otra merced del Rey José y escribir un libro en defensa de los afrancesados.
— Cierto, no debe usted ser reputado tal. Pero, hombre de Dios, es la primera vez que tal historia académica ha llegado a mi noticia, pues a ninguno de sus individuos he oído cosa alguna acerca de ello; ni han tenido reparo en admitir afrancesados, ni omitieron medio en 18.. para conservar en su seno a Meléndez, ni yo he oído, aun a los de carácter muy firme de la opinión contraria, otra cosa sino que allí reina una paz octaviana sin que nadie se meta en la conducta política del compañero.
— Pues ello así pasó y me desazonó bastante la burla.
— No era para menos pero, pues al cabo de la jornada usted no quiere ser académico, no hay que hablar más del asunto; doblemos la hoja. Al oír esto dio un repullo, hizo un gesto, tragó saliva y pavoneó aparentar serenidad.
— Vamos —proseguí—, ¿qué quería usted preguntarme?
— Quería saber cómo llevaban ustedes la edición de Moratín, porque H. no cesa de importunarme sobre ello, y yo le respondo que todo se quedará en conversación.
— Pues ya está dada la respuesta.
— Pero, vamos, ¿se trabaja, eh?

— Algo.
— ¿Y qué?
— Se ha mandado hacer el papel.
— ¿Y la fábrica?
— La fábrica ya lo está hace años.
— Cuidado, que tienen ustedes que luchar con esto. Y sacó la edición de París.
— Terrible es —dije— haber de luchar con lo bueno que en ese género hacen los franceses y más aún con lo que trabajan los ingleses, cosa aún muy superior.
— ¿Cómo? —replicó algo impaciente. Pero los franceses...
— Sí, señor, cuanto usted quiera, pero me lisonjeo de que nuestra edición será superior a la francesa.
— No puede ser.
— Basta que usted lo diga, pero he visto las pruebas de Aguado[8], las he cotejado con la edición de París y son superiores.
— No las he visto, pero no puede ser.
— Basta que usted lo diga, pero lo son.
— Yo sé hasta dónde llega. Tiene un poco más lustre...
— Sí, un poco más.
— Pero, al carácter...
— Es español.
— Lo mejorcillo que ha hecho es el *Aminta*[9], un poco mejor que el Garcilaso pequeñito.
— Sí, un poquito mejor.
— Pero en comparación de las ediciones microscópicas tiene que echar a correr doscientas leguas.
— Como que es de carácter mayor. Yo la cotejé con el *Quijote* en miniatura y me pareció que sufría bien el cotejo.
— Es que nosotros los miopes vemos...
— Mejor que los que tienen vista.
— Y Aguado no es limpio.
— ¡Pobre cochino!

---

[8] Aguado, impresor de la Imprenta Real. Musso da cuenta de su amistad con él en su el *Diario*. Para conocer lo referente a la edición de las obras de Moratín, véase Molina 1999.

[9] *Aminta*, obra de Torcuato de Tasso.

[10] Rodríguez, grabador.

— ¿Y pone usted estampas?
— Sí, señor.
— No saldrán como estas.
— No, porque en esas el dibujo vale poco y el grabado no pasa de regular.
— ¡Oh!, pues si saliesen ya se podían ustedes dar por contentos.
— Es cierto que los dibujos no los hace Rodríguez[10], pero los harán los pintores de cámara.
— ¿Quiénes?
— López, Madrazo, Ribelles y Gálvez[11].
— No conozco a algunos de esos.
— No obstante, ya sabe usted que no pueden competir con Rodríguez pero la prueba litográfica del retrato de Moratín ha salido excelente. Quiera Dios que consigamos lo mismo con las demás estampas.
— ¿Litografía? Pues saldrá un mamarracho.
— Tendremos paciencia.
— Cada día lo hacen peor. Y con ese privilegio...
— Malos son los privilegios pero, como quiera que sea, con el nuevo modo de preparar las piedras y con el nuevo estampador, salen las estampas mucho mejores.
— Una u otra y figuras grandes, pero las pequeñas...
— Tiene usted razón pero cabalmente se ha litografiado un cuadro de figuritas muy diminutas y ha salido muy bien.
— ¿Qué? Si ese establecimiento va a dar de cabeza; yo espero que se cierre un día de estos.
— Es verdad. Vea usted qué trazas de prosperar, pues empezaron con una prensa y media docena de litógrafos y ahora tienen cuatro o cinco prensas y diez dibujantes sin los que están en camino.

Madrid, 29 de julio de 1829

---

[11] Vicente López (1772-1850), pintor oficial de Fernando VII; José de Madrazo (1781-1859), pintor neoclásico, uno de los introductores en España de la litografía, director del Museo de Pinturas o del Prado; José Ribelles y Helip (1775-1835), uno de los primeros que practicó la litografía en España; Juan Gálvez (1774-1847), director de la Academia de San Fernando.

3. El vejete afrancesado

Tan puesto y *montado*[12] sobre la última moda que parece petimetre de París. Es fatuo en grado heroico y por seguir la moda habla sentenciosamente y afecta sabiduría enciclopédica. Hoy lo alaba, mañana lo tacha todo.

— Magnífico, decía, es el aparato de las honras de la Reina, pero ¿a qué habrán puesto aquellos rótulos griegos?. Y eran góticos.

— ¡Deliciosa música!, —proseguía. Sobre todo ha sido divino el último nocturno. Y era un responso.

Madrid, 29 de julio de 1829

4. El poeta cesáreo[13]

— ¿Qué le han parecido a usted mis composiciones? —me preguntó muy satisfecho y vendiendo presunción. ¡Pobre de mí!, qué le había de responder, sobrecogido con tanta autoridad.

— Muy bien —le dije.

— Es verdad que me han salido muy buenos. Explico mis conceptos con claridad y con cierta novedad.

— Cierto. Sólo sí quisiera decir a usted una cosilla, y perdone mi franqueza. En el epigrama[14] tal desearía más íntima conexión entre el último verso y los anteriores pues, aunque la idea se entiende, es necesario suplir bastante.

Incomodóse de esto y me replicó al instante algo alterado:

— Perdone usted, es lo mejor que he hecho; eso está dicho con énfasis y tiene un mérito singular. Observe usted.

Y en un tono trágico se pone a declamar sus versos.

— ¡Ah, sí! —repliqué al instante—, no había caído en ello.

Con esto quedó muy tranquilo. No hubiera quedado tanto a haber sabido que tampoco había caído en ello la Academia. Entonces se puso a repetir como enajenado las otras composiciones hechas al intento, llamándome la atención sobre todos sus puntos y comas.

---

[12] *montado*: especializado, dedicado a la moda.

[13] *cesáreo*: poeta cortesano, áulico, que depende del rey o césar.

[14] *epigrama*: composición poética breve, precisa y aguda, que expresa un solo pensamiento principal, generalmente festivo o satírico.

Abrumado yo con tanta grandeza, hube de manifestarle que no había oído cosa más sublime. Y contestándome con cierta sonrisa que indicaba me dispensaba su alta benignidad, nos despedimos.

Madrid, 2 de agosto de 1829

5. La coqueta provincial

Pretende ser fina y dejar los modales provinciales sin poderlo conseguir; quiere ir de moda y saca adefesios; por ir en *deshabillé* lleva el pelo desgreñado. Siéntase y habla afectando melindre, va a sonreírse y hace una mueca, tuerce los ojos por entornarlos, maneja el abanico como una escoba, presume tener la ligereza de un canario y es una gansa.

— ¿Va usted al Prado? —le pregunta un lechuguino fisgón.

— No, señor, —responde con risita a modo de ...[15] frunciendo los labios. ¿Y usted?

Y al decirlo hace la vergonzosa, mientras el otro la mira de reojo y se sonríe maliciosamente.

Madrid, 3 de agosto de 1829

6. La generala comerciantа

Sale con mucha gravedad, vestida a la *negligé*, cubierta la cabeza con un pelucón antiquísimo, parte desguarnecido de pelo, parte de color ya caído por el tiempo, peinado por los gatos[16] y tal que semeja a la cola de la ventera en Don Quijote.

— ¿Quiere usted ver a mi hija? —preguntaba. Muchacha, avisa a la Generala.

Porque todo es allí general como lo fue en otro tiempo vender paños.

Preséntase pues la nueva, gorda y rolliza Generala contorneándose, y se sienta circunspecta. Entra a poco un oficial y le dirige la palabra:

---

[15] Ilegible en el original; puede ser mohín.

[16] *peinado por los gatos*: desarreglado.

—¿Querrá usted ver al General? No sé si el General estará en casa, porque para poco en ella el General.
— ¿Están ustedes contentos en su nueva casa?.
— Sí, señor, acomoda mucho al General, porque es espaciosa y el General no gusta de piezas chicas y demás de eso tiene caballeriza, cosa de que también necesita el General.
— Pero, están ustedes tan lejos...
— Sí, pero cerca de Palacio a donde tiene el General que ir a menudo.
— Estará muy ocupado ahora.
— Es verdad que lo está, pues todo carga sobre el General.

¡Válame Dios[17] y cuánto generalizó[18] la buena hembra aquella mañana y cuáles nos quedaríamos ante S. E. los que no somos ni atambores[19] de regimiento!

Madrid 3 de agosto de 1829

7. Don Bartolo

Este hombre necesita un tomo en folio[20], pero por ahora contentémonos con lo siguiente. Es de aquellos que se disparan como un cohete porque nunca saben quedarse en el puesto que les corresponde y pudiendo competir con el sol en brillo, al cabo de unas cuantas chispas, se apagan y cuando creían haberse remontado sobre las nubes, dan terrible caída sobre el suelo. Primero yo, después yo y últimamente yo es su divisa. Todos somos unos pigmeos en comparación suya. Profesa la ciencia de Hipócrates pero a la menor señal de epidemia huye lleno de miedo para el peligro y se restituye ufano a su hogar, escribe al punto una memoria sobre la peste que no conoce y prueba sus aseveraciones insultando a los que tuvieron más valor y más humanidad que él. Sacúdenle una felpa literaria[21], pues mi hombre siempre impávido vuelve a la carga

---

[17] *Válame Dios*: forma anticuada de válgame; ¡válgame Dios!, interjección de admiración, extrañeza, enfado, pesar, etc.

[18] *generalizó*: juega Musso con el significado de las palabras; como nombra tanto al general, le da un nuevo significado a generalizar (hacer un concepto general)

[19] *atambores*: prótasis de tambores.

[20] Para hablar de este hombre hace falta más tiempo del que ahora le dedica, un libro más grueso.

[21] *echar una felpa literaria*: responder ásperamente demostrando que no sabe literatura.

con nueva prevención de insolente en estilo de carretillas y lenguaje de Antón Martín. Trátase de política y ved ahí a mi Matajacas regenerar en un instante naciones enteras, empezando por la suya, alistándose en las banderas de los novadores y satirizando a los que no piensan como él. Pero viene todo al suelo, sucede nuevo orden de cosas y el doctor canta la palinodia[22] y predica moral y virtud y austeridad. Aun por lo mismo ladra contra el pobre Moratín después de muerto y, si le oís, no hay impiedad a la de leer una comedia de las que a aquel grande ingenio han dado inmortalidad. De sus artes no se diga porque, desde que se metió a fundador de Academias, casi se cree con derecho a que se le tributen honores divinos. ¡Qué elocuencia en la oración de apertura! Era un arca de Noé donde sacó a relucir todo género de bichos, mas el Sr. Gobernador con lente en ristre, cadenita de moda en el reloj, sortijita, peinado y olores de moda, puesto en su sillón y leyendo su comentario en tono pedantesco, se figuraba a Júpiter en su trono conmoviendo el Olimpo. No pudieron sus compañeros creer que tanto distaba de ellos en ciencia y no tardó en malquistarse con todos, y remachó el clavo declarándose enemigo de Macrino[23] sólo porque alcanzó más y no le rindió vasallaje. Este es el gran pecado que con él se puede cometer y casi en el mismo grado pone el de que los demás opinen de ti más ventajosamente que de su alta y calificada sabiduría. Porque ya se sabe que es una enciclopedia: todo lo penetra, de todo entiende, todo lo posee, hablan también cuantas lenguas han inventado los hombres. Pues, ¿y en literatura? ¿Lo creeréis poco celoso? Clama al Dios verdadero porque nadie honra la memoria de Cervantes y se propone gastar cuatro o cinco duros cuando menos en hacer que se saque su busto para colocarle en un lugar público.

— Como dijo Marcela, no viene bien esto con el desprecio que acaba usted de hacer de las artes, señor —replica en tono magistral—; otras faltas podré tener pero no me contradigo jamás.

— Vea usted. ¡Contradecir a un hombre tan sabio! no es posible.

Mas, ¿qué es eso, dirá el lector, del desprecio de las artes? Sabe, caro lector, que mi sublime Paracelso, descollando sobre el común de las gentes, se maravilla de que estos miren enajenados y apelliden prodigios

---

22 *cantar la palinodia*: reconocer el error cometido

23 Marco Opelio Macrino (164-218), emperador romano (217-218) Creyéndose amenazado por Caracalla, le hizo asesinar y ocupó su puesto. Una legión de Emesa proclamó emperador a Heliogábalo. Vencido cerca de Antioquia, fue asesinado por los soldados.

las obras de Rafael, de Murillo o de Fidias y Praxíteles; juguetes, fruslerías que jamás le han llamado la atención.

— ¿Qué es el *Pasmo de Sicilia*? Una tabla o si quieres un lienzo manchado con colores. ¿Hay en él otra cosa? Bien veo que la moda va por ahí, pero yo me precio de pertenecer al vulgo y no atribuyo a esas bagatelas tanta importancia. Estoy persuadido de que los hombres pueden aplicarse a cosas más útiles, cuales son las de gobernar a sus semejantes....

(¡Ah, cómo se acuerda de aquellos tiempos!)

— Siga usted, señor don Bartolo.

— Sí, señor, lo digo, lo afirmo: es envilecerse y aniñarse estimar en tanto grado cosas tan inútiles y honrar como a un grande hombre a quien sólo es un poquito más que un artesano y aun no tan necesario. A la agricultura se debía conceder esa indiscreta protección que se dispensa a las artes.

— ¿A la agricultura? ¿Y usted la conoce? ¿Y quién sino usted ha dicho que las artes son enemigas de la agricultura?

— En verdad, propietario es y haciendas lleva de su cuenta y entiende de ello un poquito más que vuestra señoría y tiene en ello gran placer, que recibe no menor deleite cuando contempla un arado y describe sino sus funciones, porque no alcanza a tanto el delicioso efecto que le produce su vista.

— Pero, ¿apostamos cualquier cosa, señor don Bartolo, a que hemos dado en la clave que descifra el verdadero sentido de esa filantropía del amor?

¿Quieres saberlo, lector? Pues entra en el alma de este matasanos y figúrate qué dice a solas.

— Yo no soy capaz de hacer el grupo de la *Piedad Aragonesa*[24], ni el cuadro de la *Muerte de Viriato*[25]. ¿Y es posible que con todo eso he de estar oyendo alabar las obras y estimar a los autores? Hagamos filosofía de la ignorancia y falta de habilidad y no podremos ser artistas, despreciemos lo que no nos es dado hacer, pero a lo menos, dirás tú, si así fuera, a veces sentiría algún entusiasmo al ver ciertas producciones y entonces...

---

[24] Grupo escultórico.

[25] Cuadro de José de Madrazo y Agudo (Museo del Prado).

¡Qué equivocado estás, lector! El envidioso no siente sino rabia cuando aparece ante sus ojos el mérito ajeno. O si te parece mejor y quieres ser más indulgente, dí que es un ciego empeñado porque no ve en que los demás se saquen los ojos.

Lorca, 14 de mayo de 1831

8. EL GODO[26] VALENCIANO

No pierde su gravedad ni aun en los actos de la mayor familiaridad. Llena su cabeza de su genealogía y de su ejecutoria, trata con desdén a cuantos creen que no tienen sangre azul y aun se cree superior a sus parientes a quienes juzga hacer un favor admitiéndolos a su trato. Con esto junta tan mezquindad que recoge hasta el aceite de las ensaladas y le guarda para que sirva otra vez. Desprecia las ciencias y todo género de estudios, pero falla magistralmente sobre cuanto oye, sin admitir contradicción, puesto que él ha de contradecir a todo el mundo. Perpetuo escudriñador de lo que pasa en casa del vecino y director de los que no le piden consejo.

Lorca, 13 de junio de 1831

9. EL ESCRIBANO CONCIENZUDO

— Sr. D. José —me decía poniéndose la mano en el pecho un escribano alto, moreno, nariz larga y tuesta[27], cara leonina, voz hueca, famoso gatallón[28]—, Sr. D. José, estoy convencido de que en mi oficio saca mejor partido el hombre de bien.
— Como en todos.
— Lo sé por experiencia, sí, señor. Desde que estoy en mi rincón sin andar por ahí trapaleando[29], gano más.
— Me alegro.
— ¿Y sabe usted por qué? Porque viene cualquier pobre: "Hágame usted una carta". Se la hago. ¿Cuánto es? Ahí tiene el arancel: vale treinta

[26] *godo*: rico.
[27] *tuesta*: ennegrecida, tostada.
[28] *gatallón*: pillastrón, tramposo.
[29] *trapaleando*: engañando, hablando mucho y sin sustancia.

reales, pero déme usted sólo dieciocho. El hombre se va tan contento y me trae parroquianos. Así llego a tener mayor ganancia.
— La cuenta es clara.
— Y como usted ve sin trampas ni enredos.
— Así debe ser.
— ¿Sabe usted cuándo hago alguna trampilla?
— ¿Que también las hace usted?
— Pero sin faltar a la conciencia.
— ¿Qué escribano falta a lo que no tiene?
— Es que yo le diré a usted. Sucede una quimera: se acaloran dos hombres, riñen, el uno da al otro un palo que le rompe la cabeza...
— ¡Malo! En rompiéndose uno la cabeza, la cosa no va bien.
— Quiero decir que le hace una contusión.
— Todo viene a ser lo mismo.
— Pues, como digo, se apalean...
— ¿Mutuamente? Pase.
— Pero se forma expediente, abulta tanto así (y señalaba sobre el suelo como una vara y media[30]), el pobre se llena de temor, viene a mi muy afligido:
— "Sr. D. N., por Dios, que ya hemos hecho las paces y aquello no fue nada.
— ¿De veras, hijo?
— ¡Vaya, sí es de veras! ¿Quiere usted que lo jure?
— ¿Para qué andarnos con juramentos que es cosa mal vista y arriesgada? Mira, hijo. Tanto importan mis derechos y tanto importan los del juez; ¿los pagas?
— Sí, señor, al instante.
Voy al juez.
— Sr. juez, ni usted ni yo perdemos nada".
— ¿Perder ustedes?
— Pues bien, no perdemos nada. A esto es menester dar con la corte, se le da y el pobre lo agradece.
— Yo creo que lo agradecerá.
— Y al instante sale libre.
— ¿Y sin costas?
— Se entiende. Se conoce que es usted caritativo.

---

[30] Medida castellana anterior al sistema métrico decimal.

— No lo sabe usted bien. Mire usted. Muere un hombre *ab intestato*, deja menores, viene la viuda:
— "¡Ay, Sr. D. N. de mi alma, que va a entrar la justicia y todo se lo va a llevar y nos quedaremos por puertas[31]!
— Vaya, muchacha, pierde cuidado".
— Pronto aparece un testamento en que el muerto deja por herederos a los mismos a que toca la herencia según la ley.
— ¡Oh, qué escrupulosidad!
— ¡Oh, eso sí, como nadie!
— ¿Y todo eso sin trampas!
— ¡Toma!, sin trampas.
— Se conoce que es usted hombre de conciencia.
— ¡Vaya si lo soy! Mi alma es lo primero y por un amigo, hasta la puerta del infierno, pero no más allá.

En esto vino un quidam y nos interrumpió la conversación.

Lorca, 5 de septiembre de 1831

10. El señorito de provincia

Fuma del puro, bebe ponche y cerveza, alguna vez suele vestir marsellés y sirve en realista[32], y cuando lo luce en una parada no se cambia por Alejandro[33].

Nada ha estudiado pero de todo entiende y sobre la cuestión más delicada y espinosa decide magistralmente y, si le hacéis la más pequeña réplica, con tono imperioso os obliga a callar.

De medicina, no se diga: nombra la disentería, el canal intestinal, la irritación, conoce lo que influye la constitución atmosférica y elogia las sanguijuelas como medicamento soberano y universal. En prueba de ello, un chiquillo suyo enfermó y ya casi agonizante le pusieron sanguijuelas y a la media tarde ya estaba jugando a la rayuela.

En el arte militar es un Turena[34]. Si se habla del sitio de una plaza

---

[31] *quedarse por puertas*: quedarse en la calle, perderlo todo.

[32] *sirve en realista*: sirve en regimiento realista y con el uniforme se cree un general importante.

[33] Alejandro Magno.

[34] Turena: Henri de La Tour D'Auvergne (1611-1675) Fue mariscal en la guerra de los Treinta Años. Participó en numerosos hechos de guerra e incluso llegó a ofrecer sus

o de una acción en el campo raso, tuvo en aquella un oficinista y en esta un místico que todo lo presenciaron, todo lo supieron, todo lo comprendieron y de todo le informaron; y no le haría vacilar en su opinión ni aun la relación de los generales porque éstos o se equivocaron o mintieron. No ha mucho que hubo una trama contra el Estado en que entraban más de cinco millones de personas, la cual debía estallar en día señalado; mas él y otra media docena de compañeros que jamás habían visto la cara no al miedo sino al peligro, se pusieron sobre las armas, dieron cuatro gritos en la plaza, pidieron que se ahorcasen los cabezas y, al punto, sofocaron la conjuración.

Está muy enterado de cuanto pasa en el gabinete de S. M. y en los consejos de guerra no ignora las más secretas negociaciones, tiene noticias circunstanciadas de cuanto ha ocurrido y ocurre en toda España y guárdate no sea también en Europa: todos los avisos, todos los informes, todos los oficios, todos los expedientes, los ha visto, y falla sobre la conducta política de cualquiera más definitivamente que la Junta de Purificación.

¡Pobre del que no le cae en gracia o no fue visto con buenos ojos del pillo que le sirve de cronista! Nada le valdrán sus méritos y servicios por grandes que sean, pues no escapará a lo menos de sospechoso. En cambio, si le petó[35] algún aventurero y este conociéndole el flaco, le obsequió y aduló, cata ahí el Arístides[36] del siglo presente, a quien está presto a defender a pie o a caballo, con arma blanca o negra, en campo abierto o cerrado.

Lorca, 1 de noviembre de 1831

11. El coplero importuno

Nadie puede huir de su signo. Si de un coplero[37] me voy sacudiendo como puedo, anteayer no me fue posible escapar de las garras de un impurificado que, vuelto a ser algo por la amnistía, ha compuesto en ala-

---

servicios a Felipe IV de España. Dejó unas *Memorias* y *Cartas* del periodo 1643-1658, publicadas en 1738.

[35] *petó*: agradó, complació.

[36] *Arístides:* general griego (540-468 a. d. C.) llamado el Justo por su integridad; luchó en Maratón Salamina, Platea, Chipre y Bizancio.

[37] *coplero*: mal poeta.

banza de SS. MM. una especie de poema elegíaco y una égloga que empieza por amores, sigue en panegírico y se termina a modo de coro de ópera. Un solo me dio de casi toda una mañana y yo sudaba y trasudaba que era maravilla. Mordíame las uñas, arrugaba las cejas, apretaba los labios, cerraba los ojos, volvíame de uno y otro lado, tosía, escupía, hacía ademán de levantarme, de sentarme, de llamar, de ir a buscar algo... Nada. El furibundo poeta siempre acosándome, siempre leyendo imperturbable sus exquisitas composiciones, siempre con la tarabilla incesante de modo que ni respirar me dejaba. ¡Válame Dios y cuánto ensartó!, ¡cuánto glosó!, ¡cuánto comentó! Buen Dios, ¡y qué deprisa! Si no me espetó mil palabras por minuto, que me ahorquen. Yo ya estaba aturdido, todo mareado, me daban bascas; encendido, sofocado, creí a lo último que, abrumado por tanta copla y tanto comentario, iba yo a caer en el suelo sin poder valerme y aun con riesgo de que no alcanzase el óleo. Mas al fin, cuando yo ya nada oía, ni veía, ni entendía, tuvo el hombre misericordia de mí y, puesto que en cumplidos al despedirse gastó unas dos horas, se fue hablando por la escalera, por el patio, por el portal y por la calle; pero se fue y me dejó y respiré.

Lorca, 12 de enero de 1833

JOSÉ LUIS MOLINA MARTÍNEZ
Universidad de Murcia